

...Y AL FINAL, GENERALITAT

LOS parlamentarios por un lado y el honorable Tarradellas por otro aseguran que las negociaciones a múltiples bandas marchan por buen camino. La autonomía de Catalunya está en la recta final, pero es una recta con tantas curvas y baches que hace andar con cautela y todavía no sabemos cómo puede terminar. Desde la filtración a la prensa de uno de los documentos de esta larguísima negociación y el consiguiente revuelo que se armó con ello, todas las conversaciones posteriores han permanecido en el más absoluto secreto. El ciudadano de a pie comienza ya a mosquearse de este largo silencio, roto únicamente por declaraciones optimistas, pero con moderación, del señor Tarradellas; otras tantas de los parlamentarios catalanes y de las frases que de vez en cuando deja escapar el delegado del presidente Suárez, Sánchez Terán. No obstante, conocer a ciencia cierta lo que ocurre en las conversaciones que unos y otros mantienen no lo sabe nadie. La situación es tan oscura que cualquier mañana los catalanes pueden despertarse con la Generalitat provisional firmada en papel madrileño, después de haber pasado todo el mes de agosto intentando adivinar por las sonrisas, o las caras largas, de los encargados de la negociación autonómica si las cosas iban por buen camino.

Superado el escollo de una Generalitat descafeinada con la que el Gobierno Suárez pretendía colar una autonomía recortadísima para Catalunya —el restablecimiento de la Generalitat provisional ya no parte del artículo 20 de la Ley de Bases de Régimen Local que hablaba tan sólo de mancomunidades provinciales—, y en esto se han mostrado inflexibles tanto los parlamentarios como Tarradellas, queda ahora por dilucidar si la Generalitat provisional tendrá un contenido político. Los parlamentarios exigen que el restablecimiento de la Generalitat lleve aparejado un poder político que se concreta en las tres instituciones autonómicas: presidencia de la Generalitat, Consell Executiu y Parlament. El Gobierno no acaba de pasar por lo del Parlament y preferiría dejar el tema para que fuera debatido en las Cortes, integrado dentro de la discusión de un estatuto de autonomía. Se dice que quizá cedan, parlamentarios y Tarradellas, si el Gobierno asegura el simple reconocimiento de la Asamblea Provisional, o Parlamento provisional de Catalunya, que-

dando para más adelante el otorgar a esta institución el poder legislativo.

En la semana pasada, las negociaciones han entrado en la fase final. La Asamblea de Parlamentarios celebró sesión plenaria en Lleida: "la última que se realiza sin Generalitat", según los deseos expresados por Andreu i Abelló, y se hizo balance del proceso de negociación llevado a cabo hasta el momento, con acuerdo unánime de todos los parlamentarios. La Asamblea aprobó también, aunque con cerca del 40 por 100 de abstenciones, la entrada en la misma de los cuatro senadores por designación real: Socías, Serrahima, Ribera Rovira y Martín de Riquer; ello ha sido interpretado como una concesión hacia el Gobierno de Madrid y una ayuda de buena voluntad en el camino de recuperación de la Generalitat como fórmula para barrer en cierto modo la hostilidad que la palabra

autonomía despierta en algunas epidermis excesivamente sensibles a este tema.

En cuanto a las diferencias que se hayan podido plantear entre Tarradellas y los parlamentarios, de las que se han hecho eco la mayoría de la prensa, han quedado zanjadas. Las tensiones se han limado, o por lo menos, en este alto secreto que preside las negociaciones, no han vuelto a aflorar a la superficie pública. En cualquier caso, la maniobra centrista que pretendía lograr la desunión de las fuerzas políticas catalanas ha sido superada y derrotada. La unidad de parlamentarios y Tarradellas frente al hecho autonómico es total; otra cosa es que no existan discrepancias y fofojeos en el transcurso de las sucesivas reuniones. El presidente Tarradellas ha logrado introducir a sus hombres de confianza en el Organismo Consultiu (Eduard Bonet, Josep María Bricall, Josep

María Castellet, Andreu Cortines, Carles Martí, Anna Mercadé, Jordi Petit, Jaume Ros, Josep Lluís Sureda, Víctor Torres, Francesc Vicens, Ramón Vila Abadal, Senillosa, Jaume Vachier, Ramón Viladas, Jordi Arquer, el doctor Cuatrecasas y Manuel Ortnez) y los parlamentarios han luchado a brazo partido para la consideración por todos de una Generalitat provisional no descafeinada. Este ha sido el juego y en él se han barajado cartas diversas. El único ganador que habrá será Catalunya y la democracia, y a ello se ha supeditado cualquier enfrentamiento.

El último capítulo de la negociación está llegando a su fin. Sánchez Terán se ha entrevistado en París con Tarradellas; éste lo hará después con los parlamentarios y el tema se llevará al Consejo de Ministros, quien aprobará un Decreto-Ley que pasará a la comisión de urgencia legislativa de las Cortes.

La sombra del 11 de septiembre, la Diada Nacional de Catalunya, aletea por encima de este "sprint" final. Sánchez Terán ha dicho que no hay problema de fechas y ello puede interpretarse como que al Gobierno no le preocupa en exceso ese millón de personas que se prevé puedan concentrarse en Barce-

Parlamentarios andaluces

HIJOS POLITICOS DE TORREN

DE las elecciones aquí, en el electorado andaluz, se ha apreciado un sentimiento de frustración. A pesar de que en el Sur no hay que olvidar que ganó en números redondos la izquierda —PSOE y PCE—, de nada han valido por ahora tantas promesas regionalistas realizadas durante la campaña. Parece como si Andalucía, una vez más, fuera a perder el tren de las autonomías.

En este contexto, se aguardaba con esperanza la primera reunión de los parlamentarios andaluces que, por fin, se celebró el sábado 27 en Málaga. Todo un símbolo: mientras los parlamentarios vascos se reúnen bajo el árbol de Guernica y los catalanes en el palacio de la Generalitat, los andaluces no hicieron la Asamblea ni en el Casares natal de Blas Infante ni en la Córdoba de las grandezas omeyas, sino en un Torremolinos, símbolo de la postración de esta tierra, reserva de la mano de obra barata, plaza de parados y Cabaret de Europa.

Durante cerca de dos meses, alguien había puesto una piedra en el camino de la Asamblea: la presencia o no de los representantes de Ceuta y Melilla, tema que estuvo en un tris de dar al traste con la reu-

nión misma. Los parlamentarios de Ceuta y Melilla son de la UCD y se reclaman del andalucismo de ambas plazas coloniales. Frente a esta postura de la UCD (que es mayoritaria en España, pero minoritaria en Andalucía), el PSOE afirma que el tema de Ceuta y Melilla no es andaluz, sino estatal; en cuanto al PCE, sus formulaciones han tendido por la autodeterminación de ambas plazas.

En este contexto, detener como se ha detenido la Asamblea de parlamentarios andaluces por una cuestión africana, pese a todas las raíces árabe-andaluzas que queramos, le ha sonado al electorado a música celestial, o a prueba de fuerza. Porque incluso dejando pasar al final de la Asamblea a ceutís y melillenses para que hablaran sin derecho a voto, como ocurrió en Torremolinos el sábado, poco o nada se ha avanzado en este camino. La verdad es que tampoco se ha avanzado apenas en ningún otro. Los parlamentarios andaluces van de diputados gaditanos de 1812 y han hecho ampulosa declaración de principios de folio y medio, mayormente sobre la solidaridad interregional, que es la nueva semántica que se ha buscado a la vieja cantilena de la unidad

de los hombres y las tierras de España. En esta declaración se han pronunciado por un Estatuto de autonomía, como no podía ser menos. Pero leer la declaración y pensar en una fórmula de compromiso parece una y la misma cosa. Sobre todo cuando acaban con estas palabras: "los parlamentarios de las ocho provincias andaluzas tomaron nota de dicha declaración y se comprometen a estudiarla en profundidad".

Mientras tanto, como en el chascarrillo de la restauración, nombran una comisión para avanzar en el estudio del Estatuto, sobre el que quizá lo más importante sea el compromiso de elaborarlo con participación de todas las fuerzas políticas, sindicales, sociales y culturales de la región. En esta consulta hasta puede entenderse una tácita declaración de que la Asamblea de parlamentarios va por un lado y la realidad viva de la región por otro. Parece como si nadie se creyera nada, empezando por los reunidos de Torremolinos, que, procedentes en un alto porcentaje del más rancio derechismo andaluz, creen en la autonomía como pura fórmula oportunista de compromiso.

Como suele ocurrir, aquí abajo en Andalucía se ven más que en



Sánchez Terán, con Tarradellas en París: los últimos toques a la negociación.

lona en la Diada para apoyar al restablecimiento de la Generalitat y el estatut d'autonomía, o por el contrario, que antes de ese día, Tarradellas "triomfante" puede entrar en Barcelona a bordo de un tren talgo. En cualquier caso, sólo queda esperar que dentro de poco tiempo parlamentarios y ciudadanos "no enterados" dejen de morderse con ner-

viosismo las uñas y, ganado el restablecimiento de la Generalitat, ésta comience a funcionar plenamente, con todas sus atribuciones y poderes. Resolver el problema de la autonomía de Catalunya con acierto puede ser la piedra de toque que sirva para la configuración de las autonomías del Estado español en el marco de la nueva Constitución.

Los
Contem
pora
neos

ADIOS AL BIENESTAR

La desaparición del bienestar como materia ministerial es una satisfactoria muestra de "realpolitik". Don Pío Cabanillas ha tardado poco tiempo en advertir que la consecución del bienestar para los españoles es algo que desborda la capacidad de un ministro, sobre todo cuando sus colegas parecen caminar decididos y ufanos por la senda contraria y piden a gritos los sacrificios de todos. No es que administrar la cultura, como debe ser ahora su única preocupación —aparte de las parlamentarias— sea fácil. Pero la cultura se disfraza, se trapi-cha, se paga. Siempre hay alguna exposición que inaugurar, algún ateneo que devolver a sus socios, un monumento a los Quintero que visitar en el aniversario, unas monedas que dar a una compañía de teatro o dos, algún premio literario que impartir. Y siempre hay un par de censuras que hacer desaparecer para resultar un auténtico favorecedor de la cultura. La única necesidad auténtica de la cultura es la libertad, y un ministro puede hacer en ese sentido algo grande: no hacer nada. Ciertamente es un esfuerzo prodigioso el que necesita realizar un ministro para no hacer nada que obstaculice la libertad de la materia ministerial, pero don Pío Cabanillas, sin duda, puede tener esa capacidad si se lo propone.

En cuanto al bienestar, es una utopía. Y una utopía privada. Como la felicidad. Los padres de los Estados Unidos la incluyeron en su Constitución: "The pursuit of happiness". De esto hace doscientos años; parece que no han conseguido nada positivo en el interior de su país, a pesar de haberla arrebatado en tantos otros del mundo. Pero no es un problema cuantitativo. Ni una materia de importación y exportación.

En España hay desde hace tiempo lo que Cocteau llamaba "una cierta dificultad de ser", recuerdo de la frase de un moribundo inteligente —que también los hay— que definía su situación como una "cierta dificultad de existir". Entre ser y existir hay una considerable identidad idiomática; en otros idiomas, estar se suma a ser para formar un solo verbo. No así en castellano, donde ser y estar aparecen bastante diferenciados, lo cual ocasiona grandes perturbaciones a los filósofos formados en las escuelas extranjeras. El español ha encontrado numerosas prohibiciones para ser a lo largo de su existencia histórica. En cambio, ha encontrado toda clase de obligaciones para estar. Ser —identificarse a sí mismo, desarrollarse según uno mismo— es prohibitivo, estar es obligatorio y, por tanto, pasivo. Ser bien es sentirse; estar bien es no sentirse. Un Ministerio para estar bien era algo monstruosamente inverosímil. Su desaparición nos priva de lo que hubiera sido un espectáculo nunca visto: un ministro procurando que sus administrados se sintieran bien, y despachando para ello decretos y proyectos de ley, órdenes ministeriales y notas de servicio, era algo que hubiera quedado para siempre en los anales de la Historia. En el último Consejo, el Gobierno del señor Suárez ha renunciado a lo que era el rasgo más idealista de su misión. Le ha parecido excesivo. Con que el Gobierno se limite al bienestar de sus propios miembros y de los numerosos cargos que nombra habrá conseguido ya arrojar un cierto bienestar sobre un número importante de españoles. Ya comprendemos que no podía ser sobre todos: un país de directores generales de todas clases era bastante más de lo que pretendía la Constitución de la República —un "país de trabajadores de todas clases"—; pero, finalmente, los de la UCD son también españoles, y alegra ver que un puñado de compatriotas gozan del bienestar que en un principio iba destinado a todos. ■

POZUELO

TORREMOLINOS

Madrid las quebras del sistema de la oposición. Se ve que lo de Torremolinos nace con plomo en las alas. Si el Gobierno Suárez casi le va a coger la vez al autonomismo catalán, imagínense ustedes qué va a ser de este autonomismo andaluz y ucedista. Un ejemplo: el compromiso-declaración de los parlamentarios de Torremolinos dedica todo un punto al tema de la regionalización del ahorro. Nadie se tomó el trabajo de recordar que ese tema no tienen ya que pedirlo, puesto que a su manera lo había aprobado ya veinticuatro horas antes el Gobierno Suárez. Otro tanto ocurre con una doceañista declaración sobre la solidaridad regional, como curándose en salud de que no hay que confundir la velocidad con el tacino, la libertad con el libertinaje y el regionalismo sano con el peligroso separatismo que le llaman.

Quiere esto decir que si Andalucía fue el furgón de cola en la España desarrollista del franquismo, por lo que se aprecia ahora va a se-

guir siendo el furgón de cola en la España autonomista de los estatutos.

Mientras los parlamentarios le daban el bistec en Torremolinos, en las plazas de los pueblos andaluces seguían 600.000 hombres sin trabajo. Y ellos no dijeron una palabra del paro. Mientras los parlamentarios estaban tan ricamente en Torremolinos, apresaban barcos andaluces, emigraban hombres andaluces, aumentaba la delincuencia en las ciudades andaluzas, la derecha paralizaba con huelgas amarillas vitales servicios andaluces. Y ellos no dijeron una sola palabra de nada de esto.

Antes, durante la campaña, habían sido cerca de cien picos de oro largando cantidad del regionalismo y de la autonomía, y del Estatuto, y del subdesarrollo.

Por las trazas, el regionalismo andaluz nos lo van a hacer muy típico y muy pinturero en Madrid. La UCD y Suárez, claro, aunque aquí ganaran las izquierdas. ■

ANTONIO BURGOS

CON CORTAZAR

La entrevista con Julio Cortázar, "Las dos caras de la imaginación", que publicamos en las páginas 42 y 43, ha sido realizada por Manuel Osorio, cuya firma no aparece por error en el trabajo.